

LA CIENCIA EN LOS MÁRGENES. HISTORIA
DE LAS CIENCIAS EN MÉXICO

JOSÉ ROBERTO GALLEGOS TÉLLEZ ROJO

atractivo ha resultado de las obras de Sacks es lo que convencionalmente denominamos la «popularización del conocimiento». En una sociedad de masas eso no es despreciable, sino al contrario. Eso lo ha conseguido mediante el uso del lenguaje, mediante el uso de un género narrativo que nos ha acercado a los singulares personajes con los que se relaciona, gracias a esa comprensión transmisible integramos sus horizontes con los nuestros. Por lo tanto, lo que su narrativa realista consigue para el lector es algo tan valioso como el conocimiento biológico y psicológico, «hecho desde fuera». Es convertir lo anormal. Es fundir el «ellos» con un «nosotros», como un proceso incesante de volvernos comprensibles entre sí. Y antes que hacer de la *difference* un mérito inconmensurable, nos muestra que los estados alternativos del ser, no por serlo, dejan de ser igualmente humanos. Así que si Sacks no nos ilustra con nada pertinente a nuestro desempeño, es seguro que nos recuerde una y otra vez la parte humanista de nuestra herencia.

LA CIENCIAS EN LOS MÁRGENES. HISTORIA DE LAS CIENCIAS EN MÉXICO

José Roberto Gallegos Téllez Rojo

Si hubiese compilado este libro, le habría puesto como epígrafe un aforismo de Carl Christoph Lichtenberg: Tal vez el hombre sea mitad espíritu y mitad materia, así como el celenterio es mitad planta y mitad animal. Las criaturas más peculiares siempre están en la frontera.

Esta frase, a mi juicio, expresa muchas de las afinidades historiográficas de los textos aquí reunidos y que, considero, avanzan en una línea

diferente de los argumentos con que Carlos López justifica -con mucha certeza- el nombre del volumen. *Ciencia en los márgenes*, nos dice López Beltrán, trata de estudios de caso que ejemplifican las relaciones asimétricas «entre los centros de producción de conocimiento y las periferias»¹ tanto en la dimensión epistemológica como en la de la revaloración de las propuestas relativistas que, atentas a los contextos locales, posibiliten dar cabida al estudio de los productos científicos generados en la periferia. El autor llega a concluir la necesidad de la construcción de una «epistemología pluralista [que] no tiene por qué (ni debe) ser relativista [además de] que es necesaria la construcción de una diferente noción de objetividad transcultural y relativamente simétrica con respecto a desbalances de poder y capacidad tecno-política».²

El epígrafe de Lichtenberg rescata la idea de frontera que, me parece, tiene un poco el sentido del *limes* romano, de un espacio, de una frontera que es, al mismo tiempo, un ámbito de transición donde tiene lugar el cambio y el intercambio, donde está lo más interesante.

Así, la primera gran similitud que encuentro en todos los textos es que, quizá con una excepción, los autores avanzan desde los límites hacia las regiones más conocidas, hacia espacios reconocidos pero poco o nada explorados en la región de la historia de la ciencia en México, en especial en la comarca o, parafraseando a Luis González, en esa *matria* que es para todos

1 López Beltrán, Carlos, «Ciencia en los márgenes: una reconsideración de la asimetría centro periferia», Mechtild Rutsch y Carlos Serrano (coords.) *Ciencia en los márgenes, ensayos de la historia de las ciencias en México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1997, pp. 20-21.

2 *Ibid.* pp. 21.

nosotros la historia de la antropología en México.

Si partimos de la consideración de que la frontera es margen, los trabajos que leemos en este libro tocan aspectos de margen: relaciones personales, historias de vida, recuperación y discusión de fuentes; por lo mismo no es posible regodearse en el detalle extremo ni tampoco es posible detallar los procesos en conjunto. Creo, en cambio, se avistan territorios posibles que se refieren a la existencia de extensas áreas de los continentes; pero esa existencia no es un mundo por descubrir, es un territorio que, desde los bordes, es problematizado.

Pienso que ninguno de los autores de este volumen se plantea abrir un nuevo campo de estudio, aun cuando bien podría hacerse en más de un caso: la preocupación que me parece común a todos es la necesidad de reconocer para problematizar, no para demarcar. Desde los márgenes, desde los límites, desde preguntas modestas para resolver cuestiones aparentemente sencilla, se lanzarán planteamientos de cómo leer y por dónde avanzar, con qué fuentes, para desarrollar la construcción de sus respectivos territorios de conocimiento, propuestas que se desconocerán bajo riesgo y responsabilidad de futuros investigadores y en trabajos por venir. No se trata de un libro que, quienes nos dedicamos a la historia de la antropología en México, podamos desconocer.

De hecho, estos textos son avances de investigaciones de mayor aliento, en su mayoría, que sobrepasan la reflexión o el artículo que no había tenido salida; las formas literarias aquí empleadas - ensayo, reflexión - son insuficientes para continuar por los caminos propuestos, impresión que se refuerza cuando vemos que hay más de una tesis doctoral y más de un proyecto institucional, con apoyo de centros de trabajo o de

CONACYT; las líneas que se abren y los avances que vemos requieren obras mayores.

Uno de los méritos centrales del libro es que abre muchas más preguntas de las que resuelve; le podemos preguntar, por ejemplo, a Brambila y De Gortari sobre el análisis de las revistas de difusión, cómo problematizar la prensa cotidiana en torno a las cuestiones arqueológicas, cuáles son los artículos que encontraron en las decenas de revistas revisadas. O cuáles son las otras historias de vida que menciona García Mora y si, en conjunto, indican tendencia o un comportamiento social específico. A Rutsch, cuál es el contenido de la correspondencia Boas - Chávez después de 1917, porque epistolarios en México se han rescatado muy pocos y menos aún de las dimensiones de éste: 250 piezas a lo largo de treinta años; quizá sólo de Alfonso Reyes. También cuáles son las implicaciones sociales y culturales de la teratología hace un siglo y ahora; cómo y con quién, paso a paso, aterrizan otras influencias norteamericanas, no sólo la ecología cultural, en México; cómo intervienen diversos niveles de gobierno en la implantación del maíz híbrido, y sobre los costos de esta innovación tan agudamente cuestionada por Olea Franco... Sin estos textos, éstas y otras preguntas más sería imposible hacerlas.

En este sentido es interesante rescatar la idea de Rutsch de que estos trabajos están realizados con los criterios metodológicos y las herramientas que le dio su formación disciplinaria a cada autor y el hecho de que ninguno es, por formación, historiador. Esto supone romper con los marcos de las especializaciones y, creo, enriquecer las posibilidades de trabajo: pero además, no puede dudarse que los autores están avanzando hacia la construcción de *historias*.

Resulta evidente que ninguno de los trabajos está construido bajo las premisas de las que partiría un historiador de formación, pero ello no es demérito en absoluto: por el contrario, me parece que aquí también está presente la idea de frontera como espacio de transición. El atento lector puede ver diversas formas literarias, el empleo de técnicas metodológicas diferentes, gran creatividad que resulta en un amplio abanico de trabajos de historia, desde lo más «históricos» como los de Olea, Rutsch o García Mora hasta aquellos que tienen un carácter más bien orientado hacia la reflexión, como el de López o el de González Jácome: y encontraremos análisis historiográficos, historias de vida, historia de las ideas, historia social de la ciencia y la tecnología.

Una idea constante para la construcción de estos artículos, como decía, es la idea de margen y de «margen en la ciencia», como indica el título del volumen, interpretada de manera diferente por cada autor. Son estudiados un problema, una discrepancia, un detalle que matiza *necesariamente* los trabajos que estén por venir. Las preguntas en ocasiones son engañosamente sencillas, así no estén desarrolladas en todas sus implicaciones que suponen por el formato mismo en que fueron escritos los textos; tal es el caso del enfoque de Gorbach y Cházaro cuando preguntan, en la teratología, cuáles son los límites de la regularidad de la ciencia y si los monstruos también están sujetos a regularidades; los límites entre la vida de un individuo o una relación de amistad con el desarrollo de la ciencia, de la vida institucional, del desarrollo de una disciplina, de los proyectos nacionales; los límites entre las diferentes formas de literatura científica; los límites entre ciencia, tecnología, intereses económicos, ver-

dad y objetividad, política, modernidad; los límites entre la ciencia nacional y las influencias externas, los límites de la ciencia para especialistas y para la difusión...

Una de las mayores virtudes de los trabajos es que, en general, se ensaya el uso de nuevas fuentes, no empleadas antes, y algunas obtenidas incluso más allá de las fronteras mexicanas; en ese sentido la creatividad es notable. Dos textos, en particular, se definen en más de un sentido por el uso de las fuentes que emplean, aportando materiales para que la comunidad los considere, para llamar la atención sobre espacios aún descuidados -Guzmán Betancourt y Brambila y De Gortari. Y los autores no dejan de intervenir, de participar, de manifestar abiertamente opiniones, pareceres, desacuerdos: no se plantean ellos mismo al margen, lo cual sin embargo no resta, en lo más mínimo, rigor a los textos.

Me parece sintomático que en todos los autores hay una suerte de preocupación por los orígenes, pero no en tanto los *idola* de que hablaba Bacon, mucho menos de la fecha supuestamente fundadora, del hito, pues estas historias están muy lejanas del mero registro datológico y todas ellas asumen, sin cuestionarse lo siquiera, que su tarea es alcanzar una explicación. Como dice Guzmán Betancourt, si bien el origen de la lingüística puede definirse según el punto de vista desde el cual se sitúe el observador, no puede ignorarse «la excepcionalidad de los estudios lingüísticos novohispanos (...) que (...) representan las primeras aproximaciones científicas a lenguas a las que el consenso de la época les habría negado toda posibilidad de sistematización»,³

³ Guzmán Betancourt, Ignacio, «Los tres siglos de oro de la lingüística mexicana», en *Ibid.*, pp. 35-36.

y lista un corpus de setenta y tres obras producidas a lo largo de tres siglos.

Guzmán Betancourt y López Beltrán creo que expresan la preocupación común: una realidad que está aquí, que es necesario entender, ubicar y vincular más allá del regionalismo ciego, en sus relaciones con los espacios dominantes, internos y externos, y los costos que acarrea. Y todos atienden a las influencias.

Por tanto, el origen es un punto de ruptura que cada autor interpreta: ¿dónde se inician los procesos? o, ¿por qué Brambila y De Gortari inician la arqueología en el porfiriato? Y creo que más allá de construcciones personales, hasta donde permiten ver los textos son compartidos colectivamente, no sé cuán conscientemente.

Quizá responde a una cuestión más sencilla: hay que comenzar por algún lado, una vez que las marcas están establecidas, y comenzar por el principio es una buena idea. Algunas veces las raíces, no meros antecedentes, se hundieron hasta mediados del siglo pasado y, sin embargo, la mayor parte de los trabajos gravitan temporalmente en los últimos cien años, incluso me atrevería a decir, la mayoría se centra en el siglo XX.

Finalmente, el problema del origen no nos lleva a una actitud chovinista. En García Mora, Litvak y Olea es

evidente su posición en torno al nacionalismo, pues parte sustancial del trabajo supone fijar una posición que no es posible dar por sentada.

Tampoco puede decirse que el eje de los trabajos sea el nacionalismo, y menos que trabajar el caso de México sea un mero accidente. La preocupación es compartida por todos, pero creo que en algunos textos simplemente se le saca la vuelta al problema o no se considera un punto relevante; ello es interesante, pues todos los temas son tocados por el nacionalismo mexicano y los autores viven, como todos nosotros, la última agonía de ese fenómeno que construyó al país durante décadas.

Ello me lleva a la última reflexión que quisiera hacer con ustedes: ¿por qué se hacen estas investigaciones? ¿por qué desde las historias personales y profesionales de cada autor, desde las distintas formaciones disciplinarias se abandonan los marcos socialmente aceptados y se inicia la aventura del tiempo que fue, del pasado y, en algún caso, hasta se dibuja la sociedad que el autor quiere? A riesgo de exagerar, quiero suponer una actitud que quizá indique tendencia: creo que se trata de una preocupación generacional y una personal respuesta a la crisis que vivimos, en lo individual y en lo social, como una búsqueda no tanto de solución de problemas cuanto de identidad.